

## El 'Velatori del albaet' y el idioma valenciano en tiempos de Doré

Ricart García Moya

«Toda lengua o variedad lingüística es un fuerte signo de identidad para quienes la hablan, este codificada en este segundo sentido o no lo esté, sea escrita o solamente hablada (...) Los conceptos de codificación, normalización, estandarización y fijación tienen un claro trasfondo ideológico y no son, por tanto, puramente lingüísticos. Definir el concepto de lengua utilizándolos es la manera de la que se valen las culturas dominantes para justificar la imposición de una variedad lingüística sobre las de los demás»<sup>1</sup>

### Para empezar, no todo está claro; por ejemplo, el 'del' del título

Los valencianos nos hemos acostumbrado a aceptar la imposición de una lengua adulterada por la contaminación de filólogos colaboracionistas. Es tal el grado de control que se ejerce sobre el ciudadano que, comprensiblemente, nadie se atreve a discrepar ni de lo más sencillo, aunque las normas gramaticales, morfologías, léxico y semantismo que hoy conforman el falso 'valencià culte' ('cult', en valencià) son productos digeridos y autorizados por el Institut d'Estudis Catalans para lograr la *unitat de la llengua*, y ampliar Cataluña hasta Orihuela.

El lector de estos folios (caso de que tenga alguno), leerá el título y, con mala cara, pensará que 'Velatori del albaet' es un vulgarismo o castellanismo, pues sería 'Velatori de l'albaet'. Así se ordena desde Cataluña, pero esa decisión debieran tomarla los valencianos que no viven de la inmersión (que no son, por supuesto, los poli-académicos de la AVL). La fusión o contracción de preposición y artículo (*de el* > *del*) es tan válida como la de artículo y sustantivo (*el albaet* > *l'albaet*), sin que ni una ni otra creen confusión. Es tema a debatir; pero, por aquello de la lengua invasiva, no estaría mal seguir a nuestros antepasados:

“del Hostal **del** Angel” (Esteve: Liber eleg., 1472)

“vengut **del** alt regne” (Fenollar: Hystoria de la passió, 1518)

“**del** infern” (Morlá: Somi del Infern. 1645)

“lo foch **del** amor de Deu” (Orti, M. A.: Can. de S. Tomás de Villanueva, 1659)

“de Dehembre **del** any M.D.LXXXI” (Quitament de la Ciutat de Valencia, 1662, )

“a la frontera **del** enemich” (Blay Arbuxech, G.: Sermó de la Conquesta, 1666)

“**del** atre” (Galiana, Lluís: Rondalla, 1768)

“castellans **del** atre mon” (Semanari Garrotá de sego, 19 agost 1888, Alacant)

“u raere **del** atre, y...” (Meliá: ¡Pare vosté la burra, amic!, 1928)

### Y entramos en el insólito mundo del 'Velatori'

Entre 1862 y 1871, el dibujante Gustavo Doré y el anticuario Charles Davillier realizaron varios viajes por España, anotando observaciones y realizando dibujos que retrataban a los diferentes pueblos hispánicos. Los trabajos aparecieron en *Le Tour du Monde* desde 1862 a 1873 y, quizá, la costumbre más singular y sorprendente que en ellos inmortalizó Doré fue el 'Velatori del albaet', rito funerario que aún plantea incógnitas sobre un origen que, posiblemente, se remontaría al periodo precristiano. Los iberos, por ejemplo, consideraban que el niño muerto se convertía en espíritu benefactor de la familia, una especie de angelito; de ahí que algunos fueran enterrados en el subsuelo de la vivienda.

En el raro 'velatori' valenciano, desconocido en Castilla y Cataluña (salvo zonas de influencia como el norte murciano y sur catalán) se celebraba la muerte de un niño menor de ocho

1 Moreno Cabrera, J.: La dignidad e igualdad de las lenguas, 2000, p.203.

años, por suponer que su pureza abría puertas celestiales. Antes del sepelio se bailaba y cantaba durante horas, invitando a 'cacaús, tramosos, gotets de vi, mistela y atres llicors a familiars y vehins'. No obstante, en el 1700, por la costumbre de bailar y beber una o dos noches, las autoridades consideraron que era un abuso licencioso de esta tradición del Reino de Valencia e intentaron reprimirla. El obispo Tormo de Orihuela, en 1775, pretendió que los actos de *albats* o *morticholets* no degenerarían en orgías (costumbre que pasaría a países de Hispanoamérica), solicitando ayuda a la Audiencia del Reino de Valencia en carta que expresaba su preocupación:

“...la bárbara costumbre de los bayles nocturnos con motivo de los niños que se mueren, llamados vulgarmente *mortichuelos*... Por dos, y aún tres noches, y hasta que tal vez el hedor del cadáver les obliga a avisar al Cura, suelen juntarse hombres y mugeres, la mayor parte mozos y doncellas en las casas de los padres de los difuntos, y contra las leyes de la humanidad se gastan chanzas, invectivas y bufonadas contrarias a la modestia, y consideraciones cristianas que presentan la muerte de un hijo; y después se bayla hasta las dos o tres de la mañana, en que se retiran, alborotando las calles con gritería, relinchos y carcajadas...”

La Audiencia tuvo en cuenta la protesta del obispo sobre 'relinchos' y otros excesos, ordenando que:

“...en ninguno de los pueblos del Obispado de Orihuela, que existen dentro de este Reyno (...) y se prohíben absolutamente las máscaras, y tanto de día como de noche los bayles con motivo de los *Mortichuelos*” (Real Audiencia de Valencia , 6 de noviembre de 1775)

La orden rebajó los excesos del rito. Los cadáveres, por ejemplo, sólo estarían de cuerpo presente un día o dos; aunque perduró el canto y el baile. Esta era la dramática y literaria descripción que Blasco Ibáñez realizó sobre el 'velatori' en *La Barraca* (año 1898):

«¡Fill meu!... ¡Rey de sa mare!, gemía la pobre Teresa (...) Había que acicalar al albaet para su último viaje. Vestirle de blanco puro y resplandeciente como el alba, de la que llevaba el nombre (...) tiñó las pálidas mejillas con rosado colorete; la boca del muertecito, ennegrecida, se animó bajo una capa de encendido bermellón (...) Cuatro muchachas con hueca falda, mantilla de seda caída sobre sus ojos y aire pudoroso y monjil, agarraron las patas de la mesilla, levantando todo el blanco catafalco.

Los músicos preparaban sus instrumentos para saludar al albaet apenas transpusiese la puerta, y entre el desorden y el griterío con que se iba formando la procesión, gorjeaba el clarinete, hacía escalas el cornetín y el trombón bufaba como un viejo gordo y asmático (...). Después, rompiendo el gentío, aparecieron las cuatro doncellas sosteniendo el blanco y ligero altar sobre el cual iba el pobre albaet, acostado en su ataúd, moviendo la cabeza con ligero vaivén, como si se despidiese de la barraca. Los músicos rompieron a tocar un vals juguetón y alegre, colocándose detrás del féretro y después de ellos, abalanzándose por el camino, formando apretados grupos, todos los curiosos...»

Se sabe que fue en octubre, aunque existe discrepancia sobre en qué año presenciaron Doré y Davillier el 'Velatori del albaet' en Jijona. Igualmente desconocemos el número de viajes a España que realizaron entre 1862 y 1871 (hay quien afirma que 8 o 9). Lo valioso es la descripción del mismo que presenciaron en Jijona. Traducida y resumida, sería esta:



«En Jijona presenciamos un rito fúnebre que nos sorprendió. Ibamos por una calle cuando escuchamos sonidos de guitarra, bandurrias y repique de castañuelas. Nos asomamos por la puerta entreabierta de una casa de labradores, al creer que celebraban una boda. No era así (...) todo estaba dedicado a un niño muerto (...) Una pareja joven en traje de fiesta de los labradores valencianos danzaba una jota tocando castañuelas, mientras los músicos e invitados, que

formaban círculo alrededor de los danzantes, los animaban cantando y dando palmas»

El idioma valenciano que escucharon Dore y Davillier era incomprensible para ellos; aunque, posiblemente, el barón mantendría conversaciones con algún escritor que, como solía suceder, trataría de hacerse el culto ofreciendo voces arcaicas para demostrar erudición y hacer más intrigante el léxico. El dúo de viajeros, aunque de escasa formación lingüística, se interesó superficialmente por las lenguas peninsulares de gitanos, gallegos, valencianos, castellanos, catalanes, vascos y mallorquines. Doré calificaba al español como “ce jargon inintelligible”; y el anticuario Davillier suponía que el catalán era un dialecto cercano al lemosín medieval: «en Catalogne... ils ont un dialecte particulier, qui se rapproche beaucoup de la langue limousine du Moyen Age» (Davillier: L'Espagne, 1874, p.3).

Chovinista, el barón Davillier daba el mismo origen francés al valenciano: “Le dialecte valencien, un peu moins rude que le catalan et que le majorquin... il ressemble assez au patois du midi de la France, et il a la même origine, la langue limousine du Moyen Age”; citando al clásico Tirant lo Blanch: “nous vimes encore le fameux román de chevalerie Tirant lo Blanch, en vulgar lengua valenciana, imprimé á Valence en 1490» (Davillier, p.40)

#### **El 'velatori' del 1700 derivó en el velorio peruano del 1800, con maricones danzantes**

La tradición valenciana fue transmitida a algunos territorios del Imperio Español. Así, en Perú se practicaba un ritual similar llamado 'velorio del angelito'. En 1854, el escritor Vicente Fidel López reflejaba en su novela 'La novia del hereje' ciertos pormenores singulares, como la presencia de maricones en los velorios celebrados en Lima:

«La fiesta tenía por objeto y por causa el velorio de un angelito... en la testera del cuarto se veía una mesa tendida con un paño blanco, y adornada con moños de cinta celeste, con recortes o estrellitas de papel dorado con festones de cuentas de vidrio y con mil otras zarandajas deslumbrantes. Todos estos accidentes servían de adorno a un pequeño ataúd forrado de celeste por de fuera y ribeteado con cintas blancas, que contenía el yerto cadáver de una criatura de dos meses, que había muerto dos días antes, y que andaba por el barrio, prestado de noche en noche, sirviendo de motivo a la danza y al canto, en conmemoración de lo que su alma inocente estaba gozando allá en el Gloria.... una chola descocada y bizarra pulsaba con gracia las cuerdas de una harpa corpulenta y tosca... Dos mujeres de la misma calaña cantaban grotescamente al son de aquella música... Cantaba con ellas también un individuo que a los accidentes del trajo masculino reunía circunstancias especialísimas del sexo femenino. Lo que más sorprendía era que en aquella reunión había otros quince o veinte individuos de este mismo género, que hacían al parecer el papel de mujeres o de apéndice de mujeres por lo menos; siendo probable que esto hubiese dado margen a que se les diese el nombre expresivo de maricones, con que desde entonces eran ya conocidos en Lima los de esta ralea. La baja coquetería de sus modales, el provocativo y afectadísimo pudor con que andaban blandiendo sus cinturas... ¡Guay! cumita ¡Mercedes! -le dijo dándole un abrazo y beso con su aire más indecente el maricón que le abrió la puerta; y todos repitieron con él: «¡la cuma Mercedes!, ¡la cuma Mercedes!», tal fue la sensación popular que hizo su comparecimiento en el velorio. Ella correspondió con su acostumbrada franqueza y jovialidad a las demostraciones de su pueblo.

-¿Un vazito de ponche, cumita? -le decía otro maricón acudiendo presuroso y remilgado a ofrecerle un vaso de esta bebida»

#### **Una familia léxica fúnebre: *velatori, velorio, velá, vetllà, vetllada, velada...***

El latín *vigilāre* originó una serie de variables en las lenguas vulgares o neolatinas peninsulares: *veytlar, beiltar, vetllar, velar*, etc. Las grafías arcaicas valencianas arrastraban una epentética sorda -t- que, progresivamente, se eliminó y sustituyó por morfologías etimológicas en niveles cultos: Universidad de Valencia, Cancillería, poetas y prosistas barrocos, románticos, costumbristas, etc.:

“**velant** com deu sobre les escoles” (Const. Universitat de Valencia, 1611)

“si están dormint o **velant**” (Ord. de la costa del Reino de Valencia, 1673)

“dormint, que tot ell **velant**” (BUV, Coloqui de les campanes, 1729)

“ensomiant fantasies y ells **velant**” (En obsequi dels Voluntaris Honrats, 1794)

Estos testimonios sin el grupo consonántico *-tll (vetllar)-* son celósamente ocultados por la delincuencia expansionista que, sin embargo, recoge y magnifica cualquier grafía de autores valencianos catalanizados en el 1900 por los floralistas. Las familias morfosemánticas derivadas del clásico *vigilāre* adquirieron significados y grafías diferenciadas en valenciano y catalán a lo largo de los siglos. Así, el verbo 'velar', usado por la Universidad de Valencia en el 1600, se distanciaba del arcaico 'vetllar' catalán; y al sustantivo catalán y castellano 'velada' correspondía el polisémico valenciano 'velá', con la imprescindible apócope del valenciano moderno (*velada < velá*), cuya prohibición por el fascismo expansionista catalán nos alerta de su vital importancia. Así, el filólogo y académico Fullana, en 1915, escribía: “per la vesprá”, no *vesprada* (Gram. Llengua Valenciana, 1915, p.165) Aparte de la grafía, también el significado alejaba las dos lenguas hermanas. En catalán, 'velada' equivalía a:

«Velada: tener buen viento. Velada: conjunto de velas que se quemaban en las lámparas de la iglesias» (DCVB)

El cast. y cat. 'velada' equivale al val. moderno 'velá', sustantivo polisémico que puede aludir al acto de acompañar una noche al difunto, una reunión de poetas o gastrónomos, etc:

“**velá**: acción o efecto de velar” (Escrig: Dicc.1887)

“pera asistir a la **velá floralesca**” (La Traca, 6 de jolliol 1912)

“**la velá**... de nit y vestit de negre... als vius també lis falten **velaes**” (El Tio Cuc, nº 99, Alacant, 1916)

“¿Tenim arreglá **la velá**?” (Colomer, E.: ¡Me cason l’Havana!, Alcoy, 1931)

Coetánea al relato de Davillier existe una obra satírica sobre el 'velatori', que nos introduce en la realidad y pormenores del rito valenciano. Publicada en 1865, su autor no pudo conocer la descripción del barón Davillier, aunque coincide cronológicamente y, además, con algunos detalles irreverentes que motivaron la infructuosa denuncia del obispo de Orihuela en 1775; por ejemplo, los 'relinchos' humanos que mencionaba. Todo sucede en la calle y “la casa donde se ha de pasar la noche velando a un niño muerto” (Martínez Vercher Vercher: En la velá d'un albat, 1865, p.5), que en realidad era una niña:

“esta nit a **velar** en un albat” (Vercher: En la velá d’un albat, 1865, p. 11)

El culto verbo 'velar' no era novedad de los costumbristas. Los poetas lo usaban hacía siglos:

“dormí Adan per no **velar**” (Carbó, Josef: en Luces de aurora, 1665)

“ha de **velar** si vol alcançar vitoria... en lo temps que ham de **velar**” (Peregrí, F.: en Sacro Monte, 1687)

### Un inciso sobre el 'so', despreciado por la inmersión

La obra bilingüe de Martínez Vercher se inicia con la discusión de los vecinos Tano y Tófol bajo efectos del alcohol, mientras se encaminan al luctuoso lugar: “en este carrer hiá albat” (p.9) Las conversaciones son acompañadas de notas aclaratorias en español: “óyense guitarras dentro que se aproximan cantando” (p.9) En el interior cantan “hup...hup... cara de gat... ay...ay...ay... ji... ja... jau”, con sonidos de “guitarrons”, mientras los presentes beben “vi”. Protagonista principal es la madre de la niña difunta, la So Tomasa; y aquí hay que hacer un inciso para aclarar el significado del valenciano 'so' delante de nombre propio, pues los profesionales de la catalanización han tratado de ridiculizar éste y cualquier otro atisbo de discrepancia léxica respecto al catalán. El uso de 'so' era común en todo el Reino y, necesariamente, lo oirían Davillier y Doré en boca de nuestros antepasados. Siguiendo la inmersión, los colaboracionistas han tratado de rebajarlo a un coloquialismo rural, ridículo y aldeano; pero, como recogió Escrig, era lo contrario:

“**So**: señor, señora. Término de cortesía y atención deferente que se usa para llamar o designar a una persona, anteponiéndole al nombre: so Joan, so Francesca; señor Juan, señora Francisca” (Escrig: Dicc. 1887)

Los expansionistas, aviesamente, trataron de despreciar la palabra. Así, traducido al valenciano, leemos:

«**So**: Contracció dialectal de sinyor y sinyora, usat com a tractament entre llauraors y artesans» (Alcover, Moll, Guarner: DCVB)

Es decir, que la reducción de 'sinyor' al monosilábico 'so' era una vulgaridad dialectal propia de aquellos que los exquisitos de la inmersión siempre consideraron idiomáticamente incultos: labradores y artesanos. Son trampas y trucos del fascismo expansionista catalán para que odiemos nuestras voces, pues por muy de Podemos o de Guanyem Dinés que sea una tianuria o un tiomanel, siempre pretenderá que se le considere luchador por la defensa del idioma; en consecuencia, por el qué dirán sus camaradas, huirá de usar voces como 'so', propias de despreciables labradores y artesanos, según Guarner y los académicos de la AVL y la RACV. Pero es falso. Los estratos sociales de las clases medias (*llanterners, granerers, creillers, palmiters...*), conservaban gran parte del tesoro lingüístico heredado ¿Era el vocablo 'so' un vulgarismo propio de individuos incultos de la sociedad valenciana? Ni mucho menos; y damos un ejemplo para quien quiera entenderlo, no para los Ribó, Fuset, Albert Rivera, Toni Cantó, Marzá, Mónica Oltra, la Panquemao del PP, Chimo Puig y demás integrantes de la farsa nazonanista.

En la sociedad valenciana del tardío Renacimiento, donde se podía encontrar dialogando por las calles de Valencia a Timoneda y Cervantes, vivía el jurisconsulto Pere Agustí Morlá, doctor en ambos derechos, abogado y Oídor de la Real Audiencia de Valencia, escritor en latín, valenciano y español. A fines del XVI tuvo un hijo, Pere Jacint Morlá, que sería beneficiado de la parroquia de San Martín de la capital del Reino; aunque pasaría a la posteridad por ser poeta en valenciano; es decir, no cultivó la tierra ni fue ebanista o tundidor; por tanto, su condición de agudo escritor mordaz, con ribetes eróticos, le permitían describir la vida de sus contemporáneos y plasmar el idioma del 1600, el escuchado a su erudito padre. Y entre ese léxico empleado por los tardíos humanistas hallamos el vituperado 'so', tan despreciado por el catalanismo del Régimen. La palabra era habitual en los chispeantes diálogos entre frailes, médicos, juristas, notarios, canónigos y demás personajes de la vida ciudadana en la capital del Reino:

“en abant, **so Agramunt**, / al cànter dígalí cànter” (Morlá: Coloqui entre Sisternes, Arguix y Morlá a les festes de St. Bonaventura, c.1635)

“**So Vicent**, porte un tinter” (Morlá: Del torn de... de S. Cristófol, c. 1640)

“**so Chancleta**, donenli a fer altarets” (Bib. Catalunya. Ms. 3619, Coloqui entre'l dotor Chancleta y un orat o loco del Hospital, any 1680)

“puix **So Andreu**, dia yo be” (BUV, Ms. 174, C. de les campanes, 1729, v. 232)

“lo **so Bartholo**... lo **so Tonet**” (Ros, Carlos: Romanç dels jochs, c. 1730)

Y seguimos con la señora Tomasa (So Tomasa) preparando el *velatori* en honor a su niña:

“La so Tomasa sola abre las puertas e irá colocando y arreglando las sillas: en frente de la puerta habrá una mesa adornada con un cobertor; sobre la mesa una niña amortajada; dos palmatorias a los lados con cirios encendidos” (Vercher, p.13)

La madre atribuye el óbito infantil a una indigestión, aunque al ser una 'albat' destinada al Cielo, se consuela y comenta que “més s'ha perdut en Alsira... así la tinc en la taula, / farta...pero... amortallá... pa soterrarla demá” (Vercher, p.13) Los vecinos comienzan a llegar a las 10 de la noche y, poco a poco, se inicia el *velatori*: “Tano, Cualó y demás cuadrilla... mientras cantan, saldrán comparsas de mujeres”. Es la madre de la niña muerta quien ofrece el vino:

Tomasa ¿Qué no s'asenten?...

Todos ¿Hia vi?

Tomasa “Un cànter en esta bota.”

Todos “Pos si hia vi, hia fadrí”

Tomasa “Y mos tocareu la cota,  
el fandango revolcat,  
la del u, la granadina”

En el valenciano de la señora Tomasa advertimos interesantes luchas fonéticas en vocablos de posible origen castellano. En la frase “*mos tocareu la cota*” se sustituye -j- por -c- (jota > cota); fenómeno que sucedía en *majo* > *maco*, grafía que no recogió Escrig en 1887 por suponerla castellanismo. Es un enigma para los romanistas, pues '**maco**' también se halla en Cervantes: “A fe que si el mocito fuera **maco**, que él guardara la cara al colmilludo” (Cervantes: Viaje al Parnaso,

1614). El cambio de fricativa velar sorda *-f-* por oclusiva *-c-* era una constante en la literatura paródica que ridiculizaba al valencianohablante que intentaba expresarse en castellano, comportamiento ya criticado en siglos anteriores:

“si no saps la be a ba / ... porque / saps parlar en castellá / mil simplades, com quant dius: / Anquel, Querónimo, Cuan, / perequil, reca, casmín, / Casinto, y décame estar” (Rahonament que fan quatre llauradors al Retor, 1772)

En el 'velatori' de 1865, uno de los asistentes aparece “molt ben vestit y molt **maco**” (Martínez Vercher, J.: En la velá d'un albat, 1865, p. 11); y Vicenta, al intentar hablar en castellano, dice “culiol” (p.17) por el mes de julio.

### Comienza la pitanza en el *velatori*

Pasadas las doce de la noche, la madre de la fallecida “sale con una torta en la mano”, animando a los vecinos a iniciar el baile:

“ahí va una coca;/ ...també trauré botifarres;/ ...vinga, templeu les guitarres;/ anem, comensem el ball” (p.22)

El vino surte efecto y todos cantan y bailan en el *velatori*:

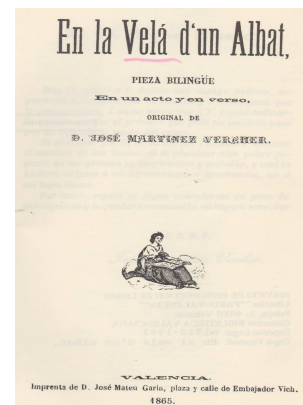
“Peguemi un bes a la bota,  
tastem l'aixerop de parra;  
vinga, bruñga la guitarra,  
toqueu la del u o la cota.  
Tófol, tu ya pots cantar:  
yas, arremulla el gallet;  
ara ixirán a ballar  
la so Tomasa y Tanet” (p.23)

Aparte del metafórico “aixerop de parra” (grafía valenciana: “no gastar ni un gallet, / ni sixquera en aixerop” La Chala, 12 de juny 1926), vemos el polisémico verbo valenciano '**brunyir**' (de origen incierto, ¿onomatopéyico, germanismo...?). El autor escribe 'bruñga' para facilitar la lectura al actor aficionado que interpretaría el papel, pues si hubiera usado el correcto 'brunyga', quizá se leyera como *bruniga*. El sainetista Martínez Vercher era discípulo en estas labores literarias de Miquel Rosanes, un catalán de Vic destinado al Reino y que se propuso enseñar la lengua de Cervantes a quienes no conocían más idioma que el valenciano. Según Rosanes, nombrado director de la escuela de Sueca, la empresa era titánica (Rosanes: Miscelánea, 1864, p.78). El pedagogo catalán, tenaz, optó por publicar un Vocabulario valenciano-castellano. Quizá Rosanes, de quien Vercher se declara discípulo en la dedicatoria del sainete (“puesto que fue el primero que guió mi incierto paso por la dificultosa senda del saber”), pudo influir involuntariamente en algún catalanismo sintáctico que se aprecia en la obra. Respecto al verbo 'brunyir', con esta grafía, se documentaba en valenciano en el siglo XVI, y siempre permaneció vivo: “y **brunyirá** el canó” (El Mole, 1840, p.42).

Davillier y Doré escucharían voces como *bes*, *aixerop*, *mosatros*, *navaixá*, *sixquera*, *anredro*, *ya pots traure el gavinet*, *me farà la esquenea*, *m'aufegue*, *gallet*, *ixirán*, *la del u...*, —todas presentes en el sainete— de un idioma valenciano difícil de entender. Algo similar ocurre en el 'velatori', con la presencia de un noble madrileño (sarcásticamente motejado *Marqueset del Llepó*) que siente vértigo al oír una lengua ininteligible:

“Yo creí que el castellano  
lo hablaba aquí todo el mundo;  
**hablan puro valenciano;**  
ni lo entiendo, me confundo” (p.15)

En esta caótica realidad, con la niña amortajada sobre la mesa, la señora Tomasa sale con 'un perol de chocolate', además de “panses, chufes, cacahuet, tramosos, formache, coca, garrofes ansucraes...”. La ceremonia se anima por los efectos del alcohol y es la madre de la niña la que sale a bailar. Desafiante, Tomasa presume de las pasos de baile que va a ejecutar: “A voreu pasaes, pues, / que vos fa la so Tomasa”. La fiesta del *velatori* adquiere poco a poco rasgos tragicómicos con peleas, bailes, risas, gritos e improperios ante el cadáver de la niña. El celoso Tano, enajenado por



“l'aixerop de parra”, ataca al *marqueset del Llepó* con su navaja al grito de 'párem esta navaixá"; pero todo finaliza —dentro de lo admisible en un funeral—, relativamente bien. En los últimos versos, reinando la relajación dionisiaca de la bebida y la danza, el mordaz Cualo dice a la madre: “So Tomasa, es va anfitar”; respondiendo ésta: “¿Y qué te sindona, amic?” (p.28).

Las letras y músicas entonadas en 1865, las que escucharon Davillier, Doré y nuestro sainetista Vercher, serían similares a las que los folcloristas del 1940 recopilaron por el Reino. La más conocida, dirigida a las señoras, sería esta que, actualmente, suele ofrecerse en versión catalanizada por colaboracionistas:

La dansa del velatori,  
dones, vingau a ballar,  
que's dansa que sempre's dansa  
cuan s'ha mort algún albat  
En esta casa s'ha mort  
un albaet molt polit,  
pero no ploreu per ell  
que ya ha acabat de patir.  
El pare y la mare ploreu,  
no ploreu per el chic, no,  
que s'ha mort la creatura  
sinse coneixer el mon.  
Quin goig més gran deu de tindre  
la mare d'eixe chiquet,

que se n'ha pujat al cel  
y s'ha tornat angelet.  
Es un ball que's balla  
en molta pau y armonía,  
menjant cacau y tramusos  
y cantant en alegría.  
La dansa del velatori,  
sinyores, ya va acabar  
¡qué elegant y qué bonica!  
A tots els ha d'agradar.  
La dansa del velatori,  
sinyores, ya s'ha acabat,  
que's dansa que sempre's dansa  
cuan s'ha mort algún albat.

Las referencias al 'albaet" (del latín *albātus*, por alusión a la blancura de la inocencia del niño, al blanco de la mortaja y, raramente, al ataúd blanco) son numerosas:

“morí com un albadet” (Carbó, J.: *Luces de la aurora*, 1665)

“albahet, albat” (Escrig: *Dicc.* 1887)

“y els portaren als dos en la mateixa taula... soterrar albaets” (Morales: *La Borda*, 1911)

“y arreglarem l'albaet més bonico” (Peris: *Terres malahídes*, 1919)

“¡podrint terra! ¡Pobre albaet!” (Meliá, F.: *¡Pare vosté la burra, amic!*, 1928)

El velatori-sainete que describe Vercher se ubicaba en Sueca, donde estaba su maestro Rosanes, pero lo descrito podría pertenecer a cualquier población del Reino de Valencia. Aquellos 'relinchos' denunciados por el obispo Tormo de Orihuela en 1775, eran escuchados por el Marqueset del Llepó en 1865: “óyense relinchos, voces y bramidos: ¡qué animales!” (Vercher, p.15). Los hombres y mujeres que acudían al velatori bebían, comían y salían a la calle a relinchar y, tras desahogarse, volvían a velar al *albaet*. Hay que advertir que el relincho, además del emitido por el caballo, era grito de alegría.

En la década del 1860, el dibujante Gustavo Doré y su compañero Davillier escudriñaron la realidad social del Reino. En la céntrica calle Zaragoza de la capital, junto a la Catedral, observaron el chulesco caminar de los toreros y la admiración del pueblo hacia ellos. Pero, por la noche, padecerían los relinchos y jolgorio que auyentaba el sueño de los ciudadanos serios. En el *semanari El Mole* se criticaba este comportamiento: “A altas horas de la nit... pasa u, o dos, o una escuadra de gent de



LES TOREROS DANS LA CALLE ZARAGOZA.

los relinchos y jolgorio que auyentaba el sueño de los ciudadanos serios. En el *semanari El Mole* se criticaba este comportamiento: “A altas horas de la nit... pasa u, o dos, o una escuadra de gent de

bon humor que divertinse... bramar, chiular, alborotar, escandalisar. No hia govern, ni autoritats, ni polisía que impedixca tals costums” (El Mole, 2 de enero 1865). Poco después serían testigos de la insólita ceremonia del 'velatori' en Jijona, donde el personal se comportaba de una manera más seria que en el descrito por Vercher en Sueca.

El 'velatori' era un rito ancestral que unía etnográficamente a los valencianos de las tierras áridas y fértiles, y aún más sólida era la conexión por el común idioma que poseían; el que escucharon Doré y Davillier y plasmó Vercher en su sainete; una lengua distinta a la castellana, gallega o catalana. Respecto a la proyección que tuvo el *velatori* en el Imperio Español (que aún lo era en el 1700) se sabe que se extendió por las Canarias a Chile, Bolivia, Argentina y, especialmente, Perú.



Cuando Francisco Oller pintó en 1893 el 'Velorio del angelito' en Puerto Rico, todavía era éste un territorio español donde las raíces valencianas y la de los descendientes de africanos creaban rituales híbridos. En este óleo conservado en el Museo de Historia, Antropología y Arte del Río Piedras, de la Univ. de Puerto Rico, observamos que el 'albat' está situado sobre la mesa con los atuendos y flores correspondientes. No figuran, me parece, los maricones plañideros de los velorios de Lima; aunque por la presencia de guitarras y personajes de gestos desahogados, suponemos que emitirían gritos y cánticos que, seguramente, el delicado Marqueset del Llepó y el obispo Tormo calificarían de relinchos impropios de un acto tan triste. La voluminosa señora de la izquierda, de blanco, bien pudiera ser la equivalente caribeña de la *so Tomasa* de Sueca.